

Al dictado de la verdad

A sabiendas de que a nadie descubriría ningún secreto, no por ello dejé nunca de insistir en cuantas ocasiones la verdad fué más amarga, que una de las tareas más difíciles sobre el plano local es la de que a cualquier ciudadano se le ocurra la muy ingrata de publicar un semanario, sobretodo y mayormente cuando por ética profesional mantiene el principio de no doblegarse a los caprichos de nadie.

De nuevo vuelve hoy lo dicho a cuento, al ver como recientemente en estas mismas páginas y al amparo del honrado criterio de permitir que cada cual exponga el suyo libremente — hecho que, permutando en ciertas personas, es muy posible que no fuéramos tratados como nosotros tratamos —; gracias, digo, a esa total y absoluta magnanimidad para con el parecer ajeno, pudimos el otro día permitirnos el lujo de tolerar que desde estas mismas columnas se negara la rectitud de nuestra intención al comentar ciertos hechos que mejor sería no haber recordado, no solo por ser cosa de mal gusto, si que también porque en tal ocasión no fuimos más que simples espectadores de algo que a todos nos divirtió muy poco y, sobretodo, sin más pecado que, en uso del pleno derecho a sentirnos responsables, haber recogido en nuestros moldes la milésima parte de lo que ocurría en escena y se decía por la calle.

No dudo que el lector habrá formado ya su opinión, como buen catador de los hechos y sus cosas.

Además, fuimos no ha mucho convocados a buena voluntad y vamos nosotros entre los primeros a practicarla, superando el prurito personal con la elegancia que siempre tiene el olvido.

Que desde siempre gustó sentirnos mayores de edad, sin tener que recurrir al auxilio de aquellas leyes que la otorgan a los veintiun años.

D.

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 10 DE AGOSTO 1950

Ridiculez contra tradición

Puede ocupar la atención del ciudadano otro aspecto de la calle que, como el que comentaba el otro día es deplorable en extremo y como aquél, también toma parte en este acto el hombre, teniendo esta vez por compañero a la mujer.

El tema que no es nuevo, se ha debatido muchísimas veces y por personas más autorizadas, pero como que el hombre no se enmienda y sigue depreciándose cada vez más, siempre vendrá bien el repetir que debemos portarnos como personas civilizadas que creemos ser.

Era en una de tantas audiciones de sardanas que, como cada año, se vienen celebrando durante el verano en nuestro Paseo del Mar. Empieza la cobla y fórmanse diferentes sardanas aquí y allá. Durante la primera de las mismas todo ocurre normalmente; nada alterna el buen gusto ni el ritmo de aquellos danzantes, que parecen cumplir con un rito mientras bailan al compás de la danza. Llega la segunda sardana y ya se observa que algo conmueve aquel orden, y conforme aumentan los círculos o sardanas, mas aumenta el desorden y ridiculez en algunas de ellas.

Al contemplarlas, uno se da cuenta que de pronto una de las sardanas se rompe y uno de los cabos va adentrándose en el centro probando de hacer una especie de espiral; otros llegan a bailar de espaldas en lugar de dar cara al centro y no faltan aquellos que saltando desafortadamente, mejor parecen unos guerreros zulús que unos sardanistas; no les falta más que lanzar algún grito guerrero, para que uno se crea transportado al centro del Africa. Finalmente, no se puede dejar pasar por alto a aquellos sardanistas que les gusta trenzar con los piés un sin fin de piruetas, convencidos de que efectúan una obra de arte, cuando en realidad no hacen más que llamar la atención como una cosa que mueve a risa.

Es triste confesarlo, más cuando uno quiere preguntarse el por-

qué de aquel desbarajuste, observa que se ha ido infiltrando en aquella fiesta pública una parte de estos tiempos modernos. Una parte de esta juventud, por ejemplo, que si vais por el paseo os entorpecen el paso porque ellos gesticulan y gritan groseramente cuando llevan adelante sus diálogos; de aquellos jóvenes que cuando hablan les oireis decir, por ejemplo, frases como: «vaya tío», «ya se ha rajado» etc., de esta juventud en fin, que está dando paso a la grosería para lanzar por la borda a educación y al buen gusto.

Si pensamos, que en esta época nos están contemplando personajes venidos de allende la frontera aparte de los naturales del país, tendremos que convenir que no es de persona educada ni de buen patriota el comportarse de semejante forma.

¿Por qué, señorita, perder la gracia tan facilmente, y tú, joven, tu educación cuando os disponéis a bailar la Sardana? Mirad instintivamente el rostro de los extranjeros que contemplan estas escenas. Descubrireis en él una sonrisa burlona. ¿No habrán encontrado al fin, lo que ellos buscaban en balde? ¿No tendrán delante, al tipo de español bullanguero y fanfarrón, creado precisamente por la fantasía de sus respectivos países?

No, no; nuestra danza es digna de mejores atenciones, precisamente por ser la danza popular por excelencia. No podemos permitir que se malverse este patrimonio de nuestros abuelos por una corriente de grosería que parece asomar en el mundo. Y si logramos aislar a esta minoría, habremos contribuido con ello a demostrar que nuestro país sigue siendo celoso guardián de sus tradiciones, para, al amparo de ellas, mantenerse firme en los embates salvajes que hoy sacuden a la Humanidad.

LORENS

A propósito de la Fiesta Mayor

Son tantos los pajarracos negros que revolotean en nuestro medio vital ensombreciendo nuestra existencia, que creíamos había dejado de ser privilegio humano la facultad de reír amplia y profundamente.

Y he aquí que en nuestra raquítica Fiesta Mayor, por arte y magia de unos espejos, se ha disparado el resorte de la risa. Nuestra primera impresión fué de que se trataba de la resurrección momentánea de una risa fósil, despertada por el cosquilleo de una aguja al hurgar en el lecho de ebonita; pero no: era una risa espontánea, franca y jovial que manaba a borbotones de la boca de los altavoces.

Espectáculos como éste deberían declararse de interés nacional y, bajo la protección del Estado, recorrer mensualmente pueblos y ciudades. Disminuirían en gran manera las afecciones hepáticas, los conflictos matrimoniales y las luchas sociales. No hay duda: el mundo va de mal en peor porque los mortales vamos perdiendo el hábito de la carcajada. Si se encontrara un sistema infalible para hacer reír sin dispendio, el mundo sería una balsa de aceite.

¿Se da el caso de que nubes de tormenta amenazan la paz familiar? ¿de que la discusión en el Senado, en el casino, en el palco, etc., pone los semblantes hoscos? No hay que preocuparse: se levanta un espíritu fuerte capaz de romper la inercia del momento y dice con voz campanuda: — Señores, pasen todos por la «oficina de la risa». De allí se regresaría nuevecito y optimista después de descargar en carcajadas la alta tensión nerviosa que debía explotar en insultos o en golpes.

¡Oh, si ciertos prohombres supieran o pudieran reír!



A propósito de espejos: si se inventaran unos que reflejaran las deformaciones del espíritu, ¿nos reiríamos de buena gana o pensaríamos seriamente las consecuen-